

El cambio es más que un eslogan

ESCRIBO EL DOMINGO POR LA NOCHE. Andrés Pastrana es el nuevo presidente de Colombia. Se ha enviado una maravillosa señal al mundo de una democracia que funciona y de un país que tiene la capacidad para cambiar y que puede cambiar. Pero, qué enorme responsabilidad. El cambio es más que un eslogan. Es una exigencia para entrar con piso firme en el nuevo milenio.

En Colombia nos ha costado mucho trabajo comprender las implicaciones de los cambios que tuvieron lugar en el mundo en la última década y, naturalmente, las del proceso que llamamos de "apertura", iniciado a principios de los años 90 en el país. No se trataba simplemente de abrirnos al comercio y a la inversión extranjera —apertura comercial y liberalización financiera— sino de algo mucho más profundo. Del manejo de la política y de la economía en el mundo a finales del siglo XX.

En una economía cerrada y un Estado intervencionista, los políticos tenían el poder en la conducción del proceso económico. Las decisiones políticas encausaban el comportamiento de la economía. El mercado no era el asignador de los recursos ni el que dictaba en dónde invertir, sino los burócratas estatales, siguiendo los lineamientos de quienes estaban a la cabeza del Estado. Como la

economía era cerrada, los tecnócratas podían jugar con los instrumentos económicos. Podían controlar. Movían los aranceles, establecían licencias de toda índole, controlaban las tasas de interés, administraban la tasa de cambio. Fue lo que experimentamos entre 1930 y 1990, cuando Occidente, después de la depresión económica y de dos guerras mundiales, construyó el andamiaje estatal para "estabilizar" las economías y evitar el derrumbe del capitalismo y de la democracia liberal.

En América Latina fuimos más allá. Proteccionismo y Estado se convirtieron en los ingredientes para promover la industrialización y el desarrollo. El climax se alcanzó en Colombia, en la segunda mitad de los sesenta, cuando se consolidó el modelo bajo la orientación del presidente Lleras Restrepo e hizo su aparición una nueva clase de tecnócratas, educados en las mejores universidades de los Estados Unidos y en las últimas técnicas de manejo de la economía. Surgieron las macroeconomías y los macroeconomistas. Las elecciones las ganaban los políticos y estos gobernaban con los economistas. El matrimonio funcionó bastante bien, pero aumentó el tamaño del Estado y no se logró bajar la inflación. Con todo, la economía

colombiana fue símbolo de estabilidad en América Latina. Hasta los noventa.



En 1989, al caer el muro de Berlín, desapareció la amenaza del comunismo y se comprobó el fracaso del Estado como sustituto del sector privado y de la función estatal de reemplazar los dictados del mercado por mecanismos de intervención. Sin que ello quiera decir que se hubiera agotado el papel del Estado como regulador y corrector de imperfecciones de los mismos mercados. Los mercados nacionales, además, comenzaron a verse desplazados por los internacionales. Como lo anota Jeffrey Sachs, "después de décadas de experimentar, casi todos los países del mundo comprendieron que el mercado doméstico era simplemente muy pequeño para permitir niveles eficientes de producción en la mayoría de las áreas de la producción e, inclusive, en muhas de las de los servicios".

Vinieron la globalización y, de manera simultánea, el reclamo de las comunidades y de los gobiernos locales dentro de las naciones para defender su autonomía cultural y política. Se imponían, entonces, la apertura, las reformas de toda índole y las diferentes liberalizaciones, lo cual implicaba, ni más ni menos, cambiar el modelo vigente y, por consiguiente, la función que cumple el Estado en la economía. Es decir, la relación

entre los políticos y los economistas.

En Colombia no fuimos ajenos a la tendencia mundial. Su irrupción coincidió con la llegada a la Presidencia de un economista metido en la política, César Gaviria, quien entendió lo que sucedía y tenía la enorme ventaja de conocer el país y contar con la capacidad para buscar el apoyo de los políticos para emprender las reformas que los nuevos tiempos exigían. El Estado dejaba de ser el dispensador de favores y el promotor del desarrollo. El mercado pasaba a ser el asignador de los recursos en un ambiente de competencia internacional.

La función de las autoridades económicas era, ahora, la de generar estabilidad en las principales variables económicas —la tasa de interés y la tasa de cambio— y el objetivo fundamental de la política económica, reducir la inflación. Un factor crítico para el éxito del nuevo modelo era reforzar y mantener la disciplina financiera del Estado. Otro era evitar la discrecionalidad en las decisiones —y los favoritismos— concentrando su acción en la atención de los menos favorecidos y en una regulación que protegiera el bien común frente a los intereses particulares.

Pero cambiar tenía y tiene riesgos. En este caso específico, afectaba a los políticos tradicionales, que veían mermados su poder y su capacidad para hacer favores y cobrar por ellos. Se

veían, igualmente, obligados a modificar su manera de actuar. Y a las empresas productivas y a los grupos económicos, que se enfrentaban a la necesidad de rediseñar sus estrategias, de redefinir los sectores en los cuales debían estar, de aumentar la inversión para competir y de abrirse al mundo. El cambio era, además, difícil de transmitir y de vender a las gentes, porque generaba nostalgia del pasado. Por eso, había quien y quienes podían beneficiarse de un coletazo y, por lo mismo, hubo quienes respaldaron a Samper y no solamente lo eligieron Presidente sino lo sostuvieron en el poder por cuatro años.

Era demasiado, entonces, lo que estaba en juego en la elección presidencial, y de mucha

envergadura. Ir con la corriente mundial o en contra de ella, en un momento en el cual Colombia depende, más que en cualquier época en su historia, de los mercados financieros mundiales por su mayor vulnerabilidad económica. Regresar al pasado, cuando no es viable para una economía hacerlo hoy en día porque ello conduciría, inexorablemente, a una crisis más aguda, o acelerar su modernización. Por fortuna ganó el cambio. Que es mucho más que un simple eslogan. Es una nueva forma de conducir al país. El gran desafío es hacerlo una realidad. Es lo que tiene por delante el nuevo Presidente. Que Dios lo ilumine. ☺

Carlos Caballero Argáez